SOSPECHA
por Diego Jimeno

–«¡UNO!» (y redoble de tambor).

Se ha revuelto inquieto durante gran parte de la noche. Hablaba en sueños. Por un momento he sentido la tentación de despertarle y tratar de calmarle, pero luego he renunciado a ello. Sobre las tres y media se sumió finalmente en un profundo sueño, y al poco tiempo yo también me quedaba dormida. Esta mañana, al abrir los ojos, me he vuelto hacia él y le he visto respirar cadenciosa y apaciblemente. Me ha levantado con todo sigilo y he comenzado a preparar el desayuno.

Como si fuera un día de descanso, he dispuesto en la bandeja el tazón de café, el zumo de naranja y las tostadas, y se lo he llevado a la cama. El aroma del pan tostado ha hecho innecesario cualquier otro estímulo por mi parte. Ha fruncido los labios y poco después ha abierto los ojos.

Sentado en el lecho, encendió el primer cigarrillo del día, y, con gran delectación comenzó a beber el café renunciando al jugo de naranja. Mordisqueó una tostada, y por último, apartó ligeramente la bandeja. Yo la deposité sobre la mesita y, subiéndome a la cama, me acurruqué junto a él. Desde mi posición contemplaba el escorzo de su rostro y las volutas de humo que ascendían lentamente hacia el techo. Sus ojos permanecían clavados en la pared, y con su mano derecha acariciaba mecánicamente mis cabellos. En aquel momento sonó el teléfono.

–«¡DOS!» (y redomble de tambor).

¿No está un poco nervioso? ¿Hay gotas de sudor en su frente?

El timbre del teléfono sonó varias veces. El no hizo ademán de contestar, y pasando mi brazo por detrás de su cuerpo, tomé el auricular y pregunté quién era. Un segundo de vacilación, y al siguiente se cortó la comunicación. «¿Quién era?» «No era nadie; alguna equivocación».

Le pregunté si había dormido mal y me respondió con un gesto afirmativo. Al instante quiso saber que es lo que había dicho en sueños y pareció tranquilizarse cuando le hice saber que frases ininteligibles. «¿Qué tienes?», pregunté, «¿No te encuentras bien?»

Afirmó con la cabeza y, apartando las sábanas, abandonó el lecho. Mientras desde el cuarto de baño me llegaba el rumor del agua de la ducha, sentí la tentación de registrar los bolsillos de su chaqueta, pero me contuve. En una relación como la nuestra, la confianza es esencial. Cualquier vacilación al respecto puede traer consecuencias funestas...

Ahora que recuerdo, hace dos días volvieron a llamar por teléfono y tan sólo pude oír la musiquilla procedente de una radio. Quien fuera, cortó la comunicación a los

pocos segundos y...

–«¡TRES» (y redoble de tambor).

Sí, está nervioso. No me mira a los ojos, como habitualmente, y sus gestos resultan ligeramente crispados. ¿Por qué no se detiene, entonces?

Sé que no es el momento oportuno, pero no puede impedir repasar con toda la minuciosidad de que soy capaz su conducta de los últimos días. Es posible que algo, un detalle que en el momento no me pareciera significativo, adquiera repentinamente una relevancia especial. Desde hace cerca de un mes le vengo notando raro, esquivo, silencioso. Pero nuestro trabajo es de tal naturaleza que he procurado, en la medida de lo posible, no forzar la situación ni provocar discusiones que pudieran alterarle. En definitiva, yo soy quien más tiene que perder si las cosas salen mal.

Tan sólo en una ocasión, hace cerca de dos años, pasó por una época parecida. Y de ello conservo un recuerdo indeleble en este brazo. La culpable fue Roxana, la de los Djin. Por algún tiempo pensé que se había enamorado de ella, y probablemente él también lo creyó, y, antes de que las cosas se hicieran irremediables, me apresuré a cantarle las cuarenta. Nunca le concedería el divorcio. Si algún día pretendía abandonarme tendría que ser pasando por encima de mi cad...

–«¡CUATRO!» (y redoble de tambor) –¡oh...!

Tranquilízate, mi amor. Descansa. Relájate. Ya ves que te miro a los ojos y trato de infundirte confianza. La próxima vez intenta poner más atención, yo sé que puedes hacerlo... Así...

¿Continúa sudando? Se ha pasado el pañuelo por la frente para enjugar las diminutas gotas. Yo sé que es un artista consumado, y es más que probable que trate de crear un interés suplementario. ¿Un artista consumado? ¿Por qué no? En ese caso, es posible que hasta yo haya caído en la tramapa de su actuación, y a estas horas continúe ignorante de hechos que, con toda seguridad, me convendría conocer.

¿Por qué aquel repentino interés por iniciar la próxima temporada en Berna? ¿No habíamos decidido limitarnos a...? Ya no sé si mis recuerdos son verídicos, pero creo que alguien me dijo que los Djin se habían asentado definitivamente en Suiza. No, seguramente es una fantasía mía.

Es curioso. Precisamente ahora se me viene a la memoria el argumento de una novela que leí hace meses. El protagonista, que va a ser sometido a una complicadísima operación a corazón abierto, reconoce, segundos antes de sumergirse en el sueño de la anestesia, al doctor que va a llevar a cabo la intervención. El médico, de cuyo rostro tan solo los ojos quedan al descubierto, resulta ser el amante de su mujer. El enfermo intenta alertar a los demás doctores y enfermeras al suponer una sonrisa aviesa bajo la gasa que oculta la mayor parte de la faz del cirujano...

–«¡CINCO!» (y redoble de tambor).

Cielo santo. Debería hacer algo. El director debería hacer algo. No puede seguir. Está demasiado inseguro.

Ahora trata de concentrarse. Me parece que hasta me a sonreído. Después de todo, puede que esa inseguridad y ese estado de nervios sean sólo cosa mía; fantasías propiciadas por un comportamiento del que he extraído consecuencias erróneas.

¿Por qué se detiene? El riesgo no es pequeño, y todo el mundo lo sabe, pero no se puede liquidar todo en un instante y esperar el aplauso general. Hay que dar tiempo al tiempo, sumar arte a la habilidad. Es cierto. Pero hoy se está recreando demasiado, o al menos a mí me lo parece. Claro que la gente paga un dinero por asistir, por ejemplo, a la muerte de un toro, pero el público se sentiría estafado si, nada más empezar la corrida, el matador acabara con la fiera.

¿Por qué me sonríes así, amor mío? Otras veces estás tenso y concentrado. Preferiría verte serio, la alegría la quiero al final.

¿Qué siginifica esa mirada, en el fondo de la cual me parece leer algo que no acierto por completo a descifrar? ¿Por qué sonríes tanto y miras con discreción de vez en cuando hacia tu derecha?

¡No! ¡No! ¡Prepárate antes! ¡Concéntrate!...

«¡OH!...»

«¡Y SEIS, SEÑORAS Y SEÑORAS, SEIS!»

«¡EL GRAN TONY ACABA DE SILUETAR BRAZOS Y PIERNAS DE SU ESPOSA LANZANDO SEIS AFILADISIMOS CHCHILLOS! ¡A CONTINUACION, Y EN LA PARTE MAS ARRIESGADA DE SU EJERCICIO, EL GRAN TONY ARROJARA LOS ULTIMOS CUATRO MACHETES PROCURANDO ACERCARSE LO MAS POSIBLE AL CUERPO DE LA MUJER! ¡DEBIDO A LO ARRIESGADO DE LA MANIOBRA SE RUEGA EL MAXIMO SILENCIO! ¡OBSERVEN COMO EL GRAN TONY SALE TRIUNFANTE UNA VEZ MAS DE ESTA TERRIBLE PRUEBA! ¡LA ULTIMA DAGA, LA MAS PELIGROSA, CORTARA LA CUERDA QUE MANTIENE ATADA A SU ESPOSA, LA CUAL QUEDARA LIBRE! ¡ATENCION, SEÑORAS Y SEÑORES!»

No tengo nada que temer, lo sé. Confío en tu habilidad y en tu fuerza. Son ya tantos años... ¿Tantos? ¿No fue justamente esa frase la que pronunciaste hace unos días cuando te dije que te quería? «Son ya tantos años...» Al principio no me fue fácil someterme a este género de trabajo. Cualquiera puede imaginárselo. Hace falta mucha confianza en una persona, aunque sea la persona amada, para dejarse atar noche tras noche a una plancha de madera y sentir cómo los cuchillos se dirigen hacia ti, hendiendo vertiginosamente el aire, para clavarse cimbrenates a unos centímetros de tu piel. Pero yo lo hice. ¿Sería alguien capaz de sentarse a la mesa sabiendo que, justamente encima de su sitio, pende una espada colgada por un hilo del espesor de un cabello? ¿Soportaría cualquier ser humano verse diariamente asaeteado sabiendo que el día menos pensado, un error de cálculo, una desviación milimétrica pueden acabar con su vida?

«¡SIETE!» (y redoble de tambor).

Debería haberse clavado un poco más a la derecha, una pulgada más. Si todo va bien, al igual que cada noche de todos estos años, el número diez partirá la cuerda que me aprisona al tablero y yo saludaré, temblorosa todavía, mientras él recoge satisfecho los aplausos.

Hoy hay más gente que nunca. Parece como si el público tuviera la certeza de que algo va a ocurrir. Por otra parte, la aglomeración pude deberse al simple hecho de

que es víspera de fiesta. Eso es.

¿Por qué no abrí aquella carta procedente de Suiza? Me dijiste que era la propuesta de un nuevo contrato y que tendrías que pensarlo detenidamente antes de decidirte. ¿Cuáles eran las condiciones de aquel contrato? ¿Acaso no me concernía a mí también? ¿Acaso... acaso no soy yo parte del número, parte imprescindible del número? ¿Piensas que lanzando tus cuchillo contra una muñeca de trapo acudiría igualmente el público? ¿Es acaso tu puntería lo que admiran? Bien sabes que no. La secreta esperanza de la gente es que un día se te vaya la mano y me asestes una cuchillada mortal. Para ser víctima cualquiera vale, dirías, pero eso tampoco es completamente cierto. ¿No aumenta el morbo, y la venta de entradas por consiguiente, el hecho de que no sea una simple partenaire la que sirve de diana, sino tu propia esposa? No puedo dejar de pensar que, si por casualidad –o intencionadamente–, se te fuera la mano y traspasaras mi corazón con una de esas dagas, la conmiseración de las gentes y los comentarios piadosos se multiplicarían por cien. Su propia esposa. Pobre hombre. Que poco sospecharían...

«¡¡OCHO!!» (redoble de tambor y murmullos del público).

Me dan ganas de gritar: «¡Al asesino!». De revelar a los cientos de personas que nos rodean, a los policías de servicio, a los directivos del circo, que el cuchillo número ocho se ha clavado un centímetro más a la derecha de donde debería haberlo hecho. Quiero gritar que presiento que el número nueve arrancará un rugido de satisfacción del público al rozar, sin herirla todavía, la piel de mi costado. Pero, a pesar de mis presentimientos, todavía me queda un resto de esperanza. Seguramente me equivoco. Estoy loca. Sufro de una transitoria alucinación. Tú estás tan seguro como siempre y esas gotas de sudor que cubren tu frente no son sino producto del bochorno reinante en esta noche de primeros de abril. Tu mano no tiembla, y esa peligrosa aproximación no prevista de los últimos cuchillos a mi piel, no es sino un deseo de rizar el rizo, de obtener una ovación más cerrada y entusiasta. Siempre has sido un poco narcisista. Pero, ¿llegarías en tu divismo a reclamar la absoluta atención del público haciendo que el número diez se desviara unos centímetros de su punto de destino?

El momento cumbre se acerca. Solicitas un paño del ayudante y te enjugas las manos de sudor. Parsimoniosamente, mides la distancia hacia atrás y hacia delante mientras el público se agita en sus butacas. Qué bien conoces la angustia y la inquietud que provocan el rito y la retardación.

¿Por qué miras tanto hacia tu derecha? ¿Hay alguien en aquel palco a quien quieres brindar tu actuación? A pesar de que lo desearía, no pudeo volver suficientemente la cabeza para verlo.

¿Era de Roxana aquella carta de Suiza? ¿Acaso está sentado en ese palco y es a ella a quien dedicas tu actuación de esta noche?

Lo siento, amor mío. Siento haber dudado de ti y haber llegado a desbarrar de esta manera, pero has de reconocer que no es fácil someterse noche tras noche a este peligroso ejercicio. Seguramente son los nervios que me traicionan. No puedo compararme contigo, tan seguro e impasible. Nada hace mella en ti. En el supremo instante en que lanzas el cuchillo te aislas del mundo, te sientes a miles de kilómetros y es como si nada te importara más que disparar adecuadamente el acerado proyectil.

Lamento haber sacado consecuencias apresuradas de indicios que sólo en mi torpeza pude haber tomado por ciertos. ¡Tú y Roxana! ¿En qué cabeza cabe? Los Djin se encuentran a miles de kilómetros , y Roxana, esa muñeca decorativa, se limitará a estas horas, con toda probabilidad, a sonreír ante el público y a pasear su figura por la pista. Su temple debe de ser tan insignificante que no resistiría ni el primero de los cuchillos sin prorrumpir en alaridos. ¿Se atrevería a enfrentarse a la idea de ser ni siquiera rozada por uno de estos machetes? Su belleza perfecta podría resultar perjudicada, y eso es lo único que posee.

Pero, en el improbable caso de que hubiera pasado por tu imaginación la idea de deshacerte de mí, ¿qué otro marido podría contar con un sistema tan expeditivo y poco sospechoso para asesinar a su esposa? Ninguna necesidad de ocultar el arma homicida ni de buscar otro culpable. El asesinato perfecto. Se clava un cuchillo en medio del corazón de la víctima elegida rodeado de cientos de testigos que, aun habiendo contemplado cómodamente el asesinato, no podrán testimoniar contra ti. ¿Cuándo se ha visto nada semejante? ¿Quién osaría matar a su esposa repartiento invitaciones para el momento del crimen? ¿Qué experto sería capaz de dictaminar que la trayectoria del cuchillo ha sido voluntariamente modificada? ¿Qué persona de entre el público se atrevería a afirmar que, antes de lanzar el último machete, pudo contemplar en tu rostro una fatal determinación o una sonrisa de triunfo?

Soy consciente de que durante las últimas semanas te he agobiado con estúpidas escenas de celos. El nombre de Roxana ha aflorado a mis labios en exceso, buscando quizá en tu rostro un gesto que te traicionara. Mi mal humor ha sido constante. Con razón te has quejado de que mi carácter no era ya el de antes. Pero todo es por culpa de los nervios, compréndelo.

Ahora, mientras buscas siturate en el lugar adecuado de la pista, mientras tanteas la distancia y provocas la intranquilidad y la tensión en el público, quisiera decirte que deseo que olvides mi comportamiento de las últimas semanas. No tengo motivo para estar celosa, y menos de esa estúpida... quiero decir, de Roxana. Incluso, estaría dispuesta, si hubiera algo de verdad en mis sospechas a... Pero sé que no hay nada. Estoy fantaseando sin limitación. No quiero que te ofendas si alguna mínima parte de mis pensamientos es capaz, por algún medio, de llegar hasta ti.

Te noto ya más tranquilo, más calmado. Has vuelto a recuperar el dominio de ti mismo y sabes de nuevo el terreno que pisas. Confío en ti. Miro tuso ojos que calculan la distancia y no puedo por menos de sentirme ridícula al haber podido imaginarme que...

–«¡¡NUEVE!!» (un grito apenas ahogado de la multitud).

¡Dios Santo! ¿Te has vuelto loco? Por un momento he pensado que la punta del cuchillo iba a atravesar mi costado. ¿Cómo puedes hacer gala de semejante precisión? Ni un milímetro separa la hoja de mi piel, y todavía puedo percibir su vibración. El público ruge de emoción , y tu rostro ha adquirido de repente una expresión de profunda seriedad. ¿Qué pretendes?

Desde aquí puedo ver al director de pista. Está nervioso. Consulta con alguien y después me mira. Yo tendría que hacer algo en este momento. Antes de que sea demasiado tarde. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Acaso no has sido feliz conmigo? ¿No te he dado toda la felicidad que deseabas? ¿No me he sometido noche tras noche a esta tortura a sabiendas por tu parte de que cada vez que terminaba la actuación me encerraba en mi camerino y, con mano temblorosa todavía, me llevaba a los labios una copa de coñac?

Por más que vuelvo la cabeza sólo acierto a ver una mancha borrosa. ¿Es ella la que está en ese palco? No lo creo, de lo contrario no mirarías tanto hacia allá. Sería traicionarte, y gracias a tu profesión, o a causa de ella, has ido adquiriendo en el curso del tiempo un perfecto dominio sobre tus nervios.

No me queda sino pedirte compasión. No lo hagas, te lo ruego. Deja que, como cada noche, el sabor caliente del licor inunde mi garganta y me sienta satisfecha por haber salido con bien de otra actuación. Te concederé la separación, si es so lo que deseas. ¿Ves? Ya no tienes necesidad de deshacerte de mí. Te dejo vía libre. Abandóname, si es eso lo que deseas, y corre a lanzarte en brazos de Roxana, no me importa...

... Si yo pudiera gritar, si el grito de auxilio que inunda mi garganta pudiera surgir a través de mis labios... Pero no puedo hacerlo. No debo. No obstante, por si acaso, debería fingir que me desmayo, que me abandonan las fuerzas, que soy presa de un súbito desfallecimiento.

Ten compasión de mí. No me mates... He de ser fuerte a pesar de todo. Me mantendré erguida, te miraré desafiante a los ojos, y advertirás que estoy al tanto de tus planes. Te reto a que me claves el último cuchillo en mitad del corazón a sabiendas de que conozo tus intenciones. Cuántas veces una actuación serena por parte de la víctima hubiera podido prevenir su propia desgracia...

No pierdo ni uno de tus movimientos. Solicitas el paño. Enjugas tus manos de sudor. Te atusas los cabellos. Me miras furtivamente. Yo sostengo tu mirada con serenidad y hasta te sonrío con los ojos. Ya lo estás viendo, confío en ti. Atada de pies y manos, imposibilitada de realizar el menor movimiento, a tu merced, pero continúo confiando en ti. Sé que en lo más profundo de tu alma queda todavía un resto de compasión. No vacilo, no desearía vacilar, pero no me resulta fácil... Sólo quedan unos segundos para que el acero *salga* despedido de tus manos. Juro que, si supero esta noche, no volveré a someterme a semejante tortura. ¡Búscate a otra! ¡Sí, búscate a otra! ¿Es que no puedes comprender que he accedido a soportar este continuo riesgo por amor? ¿No cabe en tu cabeza que me paso el día aterrada esperando el momento de la actuación y que sólo respiro después de que el último cuchillo se ha clavado en la madera a pocos centímetros de mi piel? ¡Búscate a otra que sirva de diana! ¡A Roxana! ¡A quien sea! No me pidas que lo soporte ni una noche más. Pero recuerda bien lo que te digo: jamás te concederé la separación. Mátame si lo deseas. Acaba de una vez. ¡¡Arroja el último cuchillo!!

–«¡¡DIEZ!!...» (y aplausos).

De los periódicos:

«Un lamentable suceso tuvo lugar ayer cuando finalizaba la representación del Gran Tony en el Circo Mundial, instalado en las afueras de nuestra ciudad. El afamado lanzador de cuchillos atravesó con el último de ellos el cuerpo de su esposa, que le servía de partenaire, y le causó la muerte instantánea.

Justamente en el último segundo, cuando el artista lanzaba el postrer cuchillo, que debía clavarse a escasos centímetros de su mujer, y cortar la cuerda con la que se hallaba aprisionada, ésta, de forma totalmente imprevista, realizó un brusco movimiento que ocasionó un ligero desplazamiento del panel de madera sobre el que yacía atada. Se ignoran, por desgracia, los motivos que impulsaron a la víctima a realizar semejante movimento, hecho que le costó la vida. Según ha podido determinarse, de haber permanecido inmóvil, la última de las dagas

hubiera ido a clavarse en el sitio previsto desatando la cuerda que apresaba sus miembros.

Grandemente afectado por el luctuoso suceso, el Gran Tony ha decidido tomarse una temporada de descanso para reflexionar. Ante las preguntas de nuestros reporteros, declaró que no sabe todavía si continuará ejerciendo su profesión. De momento ha abandonado el país, una vez que las diligencias judiciales han concluido, y se ha dirigido a un lugar no determinado de Suiza, donde se tomará unas largas vacaciones.»